

CARMEN LÓPEZ LANDA, EXILIADA Y MILITANTE ANTIFRANQUISTA (1931-2006)

David Ginard i Féron



Resumen

L'autor David Ginard repassa la biografia de la militant antifranquista Carmen López Landa, desapareguda l'any 2006.

Palabras clave: Carmen López Landa, resistència antifranquista.

Abstract

The author reviews the biography of Carmen Lopez Moor, anti-Franco militant who passed away in 2006.

Keywords: *Carmen López Landa, anti-Franco resistense.*

El pasado 20 de enero de 2006 falleció en Madrid Carmen López Landa. Sin duda, quienes tuvieron la inmensa suerte de conocerla y quererla serán conscientes de la enorme dificultad que entraña escribir una nota necrológica sobre ella. Principalmente, porque Carmen López era una mujer polifacética y con una trayectoria vital tan intensa y apasionante como injustamente ocultada por la poderosísima sombra que proyectaba la memoria de sus progenitores: Matilde Landa Vaz –la mítica dirigente comunista fallecida en la prisión de mujeres de Mallorca en septiembre de 1942– y Francisco López Ganivet –intelectual autodidacta y sobrino del escritor Ángel Ganivet–. Pero, fundamentalmente, porque la aversión de Carmen a cualquier tipo de protagonismo la impelía a ser siempre extremadamente cautelosa ante cualquier circunstancia que implicase ver su nombre escrito con letras de imprenta. Por este motivo, he decidido limitarme a redactar un breve esbozo biográfico, en el que, en la medida de la posible, procuraré centrarme de manera exclusiva en su propia trayectoria personal, aunque de vez en cuando resultará imprescindible referirse a su entorno familiar.

Carmen López Landa nació en Madrid el 27 de mayo de 1931. Tal y como explicó en unas inacabadas memorias escritas en 2002, y que hasta ahora han permanecido inéditas, “nací un mes y pico después de proclamarse la Segunda República y estoy segura de que lo celebré con el resto de la gente que inundó las calles de Madrid”. En la práctica se educó como hija única, pues su hermana Jacinta, dos años menor que ella, murió a los pocos meses de nacer. Como es conocido, su familia materna estaba estrechamente vinculada a la Institución Libre de Enseñanza (ILE). De hecho, a los tres años Carmen fue escolarizada en un parvulario de la ILE, en el paseo del general Martínez Campos, donde coincidió con Elvira Ontañón Sánchez, a su vez hija de los destacados institucionistas Manuel Ontañón y María Sánchez Arbós.

El estallido de la Guerra Civil sorprendió a Carmen, que entonces sólo tenía cinco años, separada de sus padres y en la zona dominada por los militares sublevados contra la República. En concreto, se hallaba en el casal de San Fiz de Vixoi –en Galicia–, donde pasaba unas vacaciones juntamente con parte de su familia materna. De todos modos, unos meses más tarde los ocupantes del casal fueron evacuados a Francia y, de inmediato, pasaron a la España republicana. Aún así, Carmen no pudo reunirse con sus padres, entonces movilizados en defensa de la causa republicana: su madre en la organización del Socorro Rojo Internacional y su padre en el Quinto Regimiento, donde fue uno de los principales impulsores del célebre “Batallón de la Cultura”. Por este motivo, entre 1937 y 1938 Carmen estuvo alojada en la colonia infantil de Villalgordo del Júcar (Castilla-La Mancha). Después de un breve período en el que vivió con su madre en Valencia y Barcelona, en julio de 1938 fue evacuada a la Unión Soviética. Poco antes, Matilde había nombrado a sus hermanos Rubén y Jacinta como tutores de Carmen. Viajó en coche desde Barcelona a un puerto francés –probablemente El Havre– y desde allí llegó en barco a Leningrado. Carmen residió un breve período en Kaluga –donde trabajaba como educadora su prima Luisa Viqueiera Landa–, pero pronto fue trasladada a Moscú. En esta última ciudad habitó en la casa número 7 de la calle Bolshaya Pirogóvsaya, y tuvo como maestros a Clara Sancha –esposa del escultor Alberto Sánchez– y Josefa López Ganivet –hermana de su padre–. Sus recuerdos del periplo soviético eran muy limitados. No hay duda, en todo caso, de que la marcó profundamente la temporada que pasó ingresada en un hospital. Matilde aludió a esta cuestión en dos cartas ya conocidas, fechadas el 10 y 11 de diciembre de 1938. Podemos añadir que, en las memorias antes citadas, Carmen explica:

“Conservo algunos cuadernos de esa época y en uno de ellos aparece un dibujo que refleja un bombardeo: aviones que dejan caer

bombas, ambulancias, casas destrozadas, lo cual demuestra que debí presenciar algún bombardeo, posiblemente en Barcelona. Lo que sí tengo grabado en la memoria es que en Moscú estuve hospitalizada en dos ocasiones: una con sarampión y otra con difteria. Cada niño estaba aislado en una habitación, pero separadas por mamparas de cristal hasta el techo, lo cual permitía ver a los demás. Todos teníamos cortado el pelo al cero (niñas y niños). Lo peor fue cuando volví a la Casa de los niños y pasé una temporada en la enfermería, porque los compañeros trepaban hasta el alféizar de la ventana donde estaba en la planta baja y se mofaban y tronchaban de risa. Me daba mucha vergüenza y me tapaba la cara y la cabeza con la almohada”.

Pese a la brevedad de su estancia en la URSS, fue precisamente allí donde la sorprendió el final de la contienda española. Como en muchos otros casos, la reconstrucción del núcleo familiar resultó entonces inviable. Al margen de que los padres se habían separado amistosamente al comienzo de la guerra, en 1939 López Ganivet marchó al exilio, mientras que Matilde Landa fue encarcelada en Madrid, después de un fracasado intento de reconstruir el PCE en el interior. En agosto de 1939, Carmen fue trasladada a México, al parecer con la expresa autorización de Matilde, poco dispuesta a que su hija recibiese una educación al estilo soviético. Y, ciertamente, no hay duda de que los años siguientes fueron trascendentales para la formación de Carmen. Bajo la tutela de los tíos Rubén y Jacinta, ambos prestigiosos docentes, se instruyó en centros educativos cuyo proyecto pedagógico estaba basado en los valores de la ILE, como el colegio Ruiz de Alarcón, la Academia Hispano-Mexicana y el Instituto Luis Vives. Así, en este último centro, que precisamente dirigía Rubén Landa, tuvo profesores de la categoría del paleógrafo Agustín Millares Carló o la botánica Enriqueta Ortega Feliu, dos científicos bien representativos del éxodo republicano español en el país azteca. Además, tuvo ocasión de conocer a Cruz Diz y a Tina Modotti, dos de las más

estrechas colaboradoras de su madre durante la Guerra Civil.

Pero no todo fueron alegrías en aquellos años. Con irregular cadencia, iban llegando las pavorosas cartas de Matilde, primero desde la Dirección General de Seguridad, más tarde desde las prisiones de Ventas y Palma, y que como es sabido constituyen una pieza esencial para la reconstrucción del último tramo de la vida de la dirigente comunista. Pese a su corta edad y el lenguaje críptico usado en aquellos textos, quién sabe si la sabiduría infantil no le permitía intuir mucho mejor que los adultos de su familia el drama que se estaba forjando. Lamentablemente, la comunicación postal se interrumpió de una manera definitiva en octubre de 1941, coincidiendo con la época en la que más arreciaron las presiones de las damas de Acción Católica y de las autoridades eclesiásticas mallorquinas para que la antigua dirigente del Socorro Rojo se bautizase. Cuando finalmente, el 26 de septiembre de 1942, tuvo lugar el suicidio de Matilde, la familia procuró esconder, como es lógico, la noticia a Carmen. Aún así, lo supo al poco tiempo, porque su prima Luisa Viqueira le facilitó, en secreto, un artículo necrológico publicado en el número de noviembre de España Popular, el órgano del PCE en México.

Acabada la Segunda Guerra Mundial, Carmen se trasladó a Londres, donde llegó el 28 de diciembre de 1945, después de un viaje efectuado en compañía del ex ministro y dirigente del Partido Nacionalista Vasco Manuel de Irujo. El trayecto incluyó unos días de estancia en Nueva York, en los que Carmen se alojó en la casa del lehendakari José Antonio Aguirre. Carmen guardaba un excelente recuerdo de aquella relación. En la capital británica, vivió con su padre y su compañera Lucía González Díez. Fue entonces cuando inició su militancia política, estimulada abiertamente por López Ganivet. De hecho, al llegar a la ciudad, su padre le proporcionó un ejemplar de El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, de Friedrich Engels. En enero de 1946, Carmen se

afilió a las JSU, y cuatro años más tarde ingresó en el PCE. Entre los militantes comunistas con los cuales estuvo en contacto en aquellos años destacan Ramón Santamaría –miembro del equipo de falsificación de documentos que encabezaba Domingo Malagón– y Benita Ganuza (a) Lina Odena –futura dirigente del FRAP–. Como es lógico, dada su juventud, sus responsabilidades en la JSU fueron limitadas. En particular, participó en las actividades culturales que tenían lugar en el Hogar Español de Londres, con el objeto de recaudar fondos para la lucha antifranquista del interior. También recordaba haber coordinado en una ocasión un seminario sobre la biografía de Stalin. Es curioso constatar que, incluso en un núcleo que tenía un funcionamiento tan familiar como el de las JSU de Londres, se producían actuaciones bien representativas de una época en la que todos los partidos comunistas se entregaron a una paranoica lucha contra supuestos provocadores y espías infiltrados. En palabras de Carmen:

“En el reducido grupo de la JSU en Londres, también hubo víctimas y verdugos en aras de la “vigilancia revolucionaria”. Se apartaba temporalmente a aquellos jóvenes cuyos padres, después de muchos sacrificios y penalidades, lograban pagarse el viaje para ver a sus hijos. “Ojo con fulano o mengano, sus padres pueden ser espías de los franquistas”, recuerdo ahora, con tristeza y rabia, al cabo de tantos años. ¡Hicimos tanto daño irreparable creyendo a pies juntillas que era necesario!”.

En todo caso, sus principales esfuerzos los dedicó al aprendizaje del inglés y a completar sus estudios secundarios en la Paddington and Maida Vale High School. No pudo seguir más allá. El complejo que le generaba el hecho de ser la única militante de las JSU en Londres que no era obrera motivó que, en septiembre de 1950, una vez obtenida la titulación que le permitía acceder a la Universidad, decidiese abandonar los estudios y comenzase a trabajar en la fábrica de cremalleras Goodman and Son Ltd.

De todos modos, la experiencia tan sólo duró tres meses, porque en enero de 1951 se trasladó a Praga para trabajar como intérprete y traductora en la Unión Internacional de Estudiantes (UIE). La incorporación a la UIE se fraguó en un viaje realizado a Praga y París en agosto anterior, durante el cual se reunió con el dirigente comunista Federico Melchor. La llegada de Carmen a Checoslovaquia precedió sólo unos meses a la de una expedición de refugiados comunistas españoles expulsados de Francia a raíz de la ilegalización del PCE en aquel país. La UIE era una organización fundada en la capital checa en agosto de 1946 y se la puede considerar prototípica del conjunto de entidades supranacionales promovidas por el bloque soviético después de la Segunda Guerra Mundial. Entre otras actividades, editaba la revista mensual Mundo Estudiantil, en varios idiomas, y organizaba periódicamente el Festival Mundial de la Juventud y de los Estudiantes (Carmen participó en los de 1947 –Praga–, 1951 –Berlín Este– y 1957 –Moscú–). Sus principales responsables entonces eran el checo Josef Groman (presidente), el italiano Giovanni Berlinguer (secretario general), el cubano Alfredo Guevara, el español Luis Azcárate, y el italiano Luigi Battistrada, entre otros. Pronto aprendió rudimentos de checo en un curso para extranjeros en la Universidad de Praga. Poco después inició estudios de Ciencias Biológicas, pero debido a sus responsabilidades laborales y familiares tuvo que interrumpirlos en el segundo curso. Debe tenerse en cuenta que, en 1952, se casó con Ramiro López Pérez (a) Mariano, un cuadro medio comunista dieciocho años mayor que ella, antiguo comisario durante la Guerra Civil y participante en la fracasada expedición guerrillera al Valle de Arán. Tuvo tres hijos: Matilde –nacida en 1952–, Mariano –nacido en 1955– y Carmen –nacida en 1958–.

La experiencia praguense le permitió entrar en contacto, de una manera mucho más directa, con la estructura interna del PCE. El colectivo de refugiados comunistas españoles en Checoslovaquia era reducido, pero incluía a

militantes tan destacados como Enrique Líster, Antonio Cordón, Juan Modesto, Manuel Márquez, Josep Moix, Teresa Pàmies y Gregorio López Raimundo (estos tres últimos del PSUC). Un informe fechado el 1 de diciembre de 1952, y que ha sido publicado recientemente por la historiadora húngara Szilvia Pethő, indica que entonces estaba integrado por 114 adultos, la mayoría procedentes de Francia. Además, Checoslovaquia tenía una importancia clave en el exilio comunista español, porque constituía el enlace desde el que se recogía la información relativa a los diversos núcleos de refugiados del PCE en las democracias populares y se transmitía después a Dolores Ibárruri, que por entonces vivía en Moscú. Los españoles se distribuían en dos grupos, residentes en Praga y Ústi Nad Labem. Según los recuerdos de Carmen, el traslado a esta última localidad –una importante ciudad industrial próxima a la frontera alemana– era considerado como una medida sancionadora vinculada a algún tipo de comportamiento inapropiado. En general, la vida no era nada fácil para los exiliados, pero de todos modos Carmen era bien consciente de que el checoslovaco medio padecía unas penurias todavía más severas que ellos:

“Éramos privilegiados pues, aunque disponíamos de cartilla de racionamiento como todos los checos, nuestros sueldos eran mucho más altos. Además, podíamos comprar en un Tuzex (tiendas de divisas) productos a los que no tenían acceso los checos de a pie, sólo los burócratas del Partido y los extranjeros privilegiados, entre ellos los miembros de la dirección del PCE que vivían en Praga. Y todo hay que decirlo: ni entonces ni después viviendo con Mariano [Ramiro] entré en tales tiendas, aún pudiendo haberlo hecho, cuestión de principios”.

Aunque Carmen era una convencida militante comunista, su talante independiente afloró pronto. No es sorprendente, por tanto, que su contacto con la realidad cotidiana del llamado socialismo real le provocase un profundo desencanto. Debe tenerse en cuenta que su estancia en Praga coincidió con los célebres procesos que, entre

1952 y 1954, originaron la condena del escritor Arthur London y del antiguo secretario general del partido checoslovaco Rudolf Slansky. Más desazón todavía le suscitó el tener que constatar la extrema jerarquización con la que se articulaba el colectivo de exiliados. Carmen no podía dejar de sentirse contrariada por los privilegios de los que gozaban los miembros del aparato comunista como Antonio Cordón, Enrique Líster o Roberto Carrillo –hermano del futuro secretario general del PCE– en un momento en que las privaciones estaban a la orden del día. Varios fragmentos de sus memorias aluden directamente a esta cuestión:

“Y ya que me he referido a los miembros de la dirección del PCE en Praga, quiero dejar constancia de que (al menos durante los años que viví allí) sólo trabajaban María (la mujer de Modesto) y Rosa (la mujer de Cordón). La primera en una fábrica, donde desgraciadamente perdió parte de un dedo, y la segunda en la revista de la UIE Mundo Estudiantil y haciendo traducciones del francés y el checo. Las demás, simplemente amas de casa, cuidando a sus maridos e hijos. Es algo que ya entonces me parecía raro, no entendía por qué no trabajaban como lo hacían las demás mujeres. En todos los distritos había guarderías, escuelas de párvulos y de primaria para poder llevar a los hijos sin tener que desplazarse demasiado [...]”.

“Pasado un tiempo nos invitan Líster y Carmiña a su casa. Me quedé atónita: calefacción central, varias habitaciones con todas las comodidades, etc. Realmente, empecé a poner en duda la honestidad y valía de muchos de nuestros dirigentes [...]”.

“La vida no era fácil ni cómoda, pero comprendíamos o creíamos que así lo requería la construcción del socialismo. Quizá para algunos fuera un exilio dorado con calefacción central incluida, pero para muchos [otros] no lo fue en absoluto, como no lo era para muchísimos checos.”

Por otra parte, Carmen recordaba con ironía las soporíferas reuniones a las que debía asistir como

militante de base. Cada intervención tenía que de ser argumentada con citas de Lenin y Stalin, y eran habituales las humillantes sesiones de autocritica. Aunque no ocupó nunca cargo alguno, intervino excepcionalmente en un acto público. Se trató de la conmemoración del Día de la Mujer Trabajadora, celebrado el 8 de marzo de 1954 en Kladno, un centro metalúrgico ubicado a 50 kilómetros de Praga. Carmen quedó admirada ante el entusiasmo que, todavía entonces, generaba la causa republicana antifranquista en aquel país:

“El simple hecho de hablar sobre la situación en que se encontraba en esas fechas España, e indudablemente la emoción que yo misma sentía, suscitaba enormes emociones y vivas a la República. España seguía siendo punto de referencia de todos los pueblos que luchaban por la libertad. Recibí muchos apretones de manos, muchas flores y algo muy especial: un cenicero de acero inoxidable [...] fabricado por las obreras de Kladno.”

A principios de 1960 la familia tuvo que abandonar Praga por determinadas circunstancias personales. De este modo, Carmen intentó establecerse en España, siguiendo los pasos de su padre, quien desde septiembre de 1958 residía en Granada. Las gestiones para conseguir el pasaporte español no estuvieron exentas de dificultades, pero al final obtuvo la autorización, en parte facilitada –como en el caso de su padre– por la mediación de Gregorio Marañón. Desde un principio, se instaló en el domicilio de su primo Fernando Villa Landa, un mecánico dentista y destacado militante del PCE en la clandestinidad. Ni ella ni Ramiro consiguieron encontrar trabajo, y la familia tuvo que vivir durante aquellos meses de los modestísimos ingresos que le proporcionaba una traducción que le había sido encargada por la editorial Tecnos gracias a los buenos oficios de Javier Pradera. Aunque en este primer retorno a España Carmen no tomó contacto con ninguna organización clandestina, colaboró en la protesta de mujeres madrileñas en solidaridad con los huelguistas asturianos llevada a cabo el 15

de mayo de 1962 ante el edificio de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, de Madrid (de hecho, tuvo conocimiento del acto porque su prima María Rosa Villa Landa recibió una convocatoria en el buzón de su domicilio). Por esta actuación, fue detenida e interrogada por primera vez. Mientras tanto, el 4 de mayo de 1961 Francisco López Ganivet se había suicidado en Madrid, después de que se le acentuara la terrible depresión que padecía.

De este modo, en 1962 Carmen tuvo que emigrar nuevamente a México. Sus conocimientos de inglés y su voracidad lectora determinaron que buscarse en el mundo editorial la salida a la angustiada situación económica que padecía. Por una vez tuvo suerte. La editorial Aguilar la contrató como correctora tipográfica y además siguió traduciendo libros. Por otra parte, al finalizar la década fructificaron las gestiones para recuperar la casa de sus padres, un magnífico chalet ubicado en la llamada Colonia Residencia –prolongación de la Residencia de Estudiantes–, y que durante años había sido ocupada por el ministro franquista Camilo Alonso Vega. Así, en 1970 pudo regresar definitivamente a Madrid. Se colocó como correctora en la editorial Alianza, desde donde pasó posteriormente a Alfaguara. De todos modos, los dramas personales no tardaron en reaparecer. En agosto de 1974, un accidente de circulación en las proximidades de Orpesa de Mar (País Valenciano), segó la vida de su marido, de su hija Matilde –embarazada de seis meses– y de su yerno. Por otra parte, la crisis editorial de finales de los setenta provocó su despido de Alfaguara, en 1979. Desde entonces y hasta su jubilación trabajó como autónoma para Alfaguara, Anaya y Temas de Hoy.

Paralelamente, en los últimos tiempos de la dictadura militó activamente –junto a sus tres hijos– en el PCE. El 15 de mayo de 1975, fue detenida al pasar un control en la frontera portuguesa, debido a la multa gubernativa pendiente por su participación en la protesta de 1962. Se negó a satisfacer la cantidad reclamada y fue

encarcelada durante dos meses en la prisión de Yeseñas. Jamás quiso ofrecer demasiados detalles sobre un episodio que consideraba puramente anecdótico en comparación con los largos años de presidio padecidos por tantos militantes antifranquistas. Vivió con alegría y escepticismo el proceso político iniciado con la muerte de Franco. En 1981 dejó la militancia comunista, coincidiendo con la crisis desatada por la expulsión de un buen número de militantes del sector renovador del partido. Desde entonces no volvió a militar en ningún partido político, pero se sintió siempre identificada con las posiciones de la izquierda alternativa y se mostró radicalmente crítica con la experiencia histórica del comunismo soviético.

Los últimos años de su vida estuvieron marcados por nuevas desgracias personales y familiares. Por una parte, la muerte de su hija Carmen, de un infarto, en junio de 1996. Por otra, el deterioro progresivo de su salud, principalmente debido a un cáncer de pecho, que afrontó con una extraordinaria entereza. En junio de 1997 se jubiló, pero no por ello redujo en absoluto su proverbial activismo. En la década de los noventa se comprometió activamente con el movimiento de recuperación de la memoria histórica sobre la represión franquista, la clandestinidad y el exilio. Concedió entrevistas y facilitó documentos procedentes de su espectacular archivo familiar a varios investigadores. La reconstrucción de su memoria familiar y personal la puso en contacto con docenas de antiguos militantes antifranquistas; especialmente con mujeres del colectivo de ex presas políticas, para quienes su madre constituía un referente central. Ya en marzo de 1993 había asistido como invitada especial al coloquio organizado en Udine (Italia) por el Comité Tina Modotti. Aunque, por lo demás, no se prodigó en exceso en actos públicos, participó con entusiasmo en el homenaje a las presas de la cárcel de mujeres de Palma celebrado a esta ciudad el 14 de abril del 2003 (éste de entrada se concibió como un reconocimiento a Matilde

Landa, pero ella insistió en que debía extenderse al conjunto de las encarceladas en Mallorca). Su última intervención tuvo lugar en otro acto relacionado con la memoria de su madre, efectuado en la Biblioteca Nacional de Madrid el 21 de septiembre del 2005. Como en otras ocasiones, conmovió a los asistentes con un discurso tan cálido como riguroso. Al día siguiente fue ingresada, y si bien momentáneamente se recuperó, hacía tiempo de que era bien consciente de que le quedaban pocos meses de vida. Aún así, hasta los últimos días continuó sumamente interesada por consultar cualquier novedad editorial relativa a la historia reciente de España. Desde luego, no podremos olvidarla.